



MARÍA

CRISTINA

REINA GOBERNADORA

PAULA CIFUENTES

Ariel

Paula Cifuentes

María Cristina

Reina gobernadora

Ariel

Primera edición: abril de 2020

© 2020, Paula Sanz Cifuentes

Imágenes del cuadernillo: © Álbum, Oronoz
Cartas: © Archivo Histórico Nacional

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3195-9
Depósito legal: B. 4.751-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

1. El reino de las mujeres	7
2. María Cristina	17
3. Fernando VII.	25
4. La Granja.	31
5. Los hermanos del rey	39
6. Los mismos perros con distintos collares	49
7. La muerte del rey	55
8. La primera guerra carlista	63
9. El conde de Toreno	71
10. La boda de la reina.	75
11. Los partos de la reina	81
12. 1836, un año clave.	87
13. El linchamiento de los reyes: los primeros <i>memes</i>	105
14. Agustín Muñoz y Borbón, el rey que no fue	111
15. 1837: el odio de Narváez y Espartero.	119
16. El general Espartero	123
17. La cuestión territorial.	129
18. El viaje a Cataluña.	137
19. La reina en Valencia	143
20. La maternidad.	147
21. María Cristina en el exilio	153
22. La vida en París	157
23. El intento de secuestro	163
24. La caída de Espartero	169
25. El regreso de María Cristina.	175

26. El reinado de Isabel	183
27. Hacia el segundo exilio de María Cristina	191
28. La Vicalvarada	197
29. Los negocios de los reyes	203
<i>Notas</i>	209

El reino de las mujeres

María Cristina estaba nerviosa. No dejaba de jugar con el collar de perlas e intentar releer la carta que llevaba en el regazo: «¡Qué guapita eres! ¡Qué rica! Se conoce que tienes chispa; así quiero yo los genios. Me parece que nos hemos de llevar muy bien, pues yo también soy muy alegre y me gusta echar cuatro frescas. Yo no quiero para mujer una sosa, pues es un fastidio, sino a una viva como tú, que me entienda al momento y, si puede ser, que me adivine los pensamientos».¹

Sus padres no le habían dejado ir a caballo. Decían que una futura reina no podía entrar en su futuro reino cubierta con el polvo del camino. Aun así, con los vaivenes del coche, la seda y los brocados del vestido se habían arrugado igualmente. Y el pelo se le había escapado del recogido, y las horquillas estaban desparramadas por el suelo. Era diciembre, tenía mucho frío y había cruzado todo Aragón y parte de Castilla. Sólo le quedaban unas pocas horas para llegar a su destino, para conocer a su futuro marido. «El corazón me hace pitititi, señal de que muero por tititi», continuaba en otra carta. Recostada en su carroza, la joven soñaba con todo lo que le esperaba en cuanto llegase a su futuro hogar.

María Cristina podía haber dejado de ser una niña —en términos de la época—, pero no cabe duda de que no sabía dónde se metía. España era un país muy difícil, lleno de sueños frustrados, de rencores sociales y de políticos ambi-

ciosos. Ella había recibido una educación esmerada, propia de los hijos de los reyes absolutistas; sin embargo, nadie le había enseñado jamás cómo se debía reinar.

No obstante, si algo caracterizaba a la futura reina María Cristina era, sobre todo, la cerrazón: no se diferenciaba de esos antiguos reyes que no supieron ver que los tiempos habían cambiado y que debían adaptarse a las nuevas épocas, al liberalismo, al socialismo, al nacionalismo y a los primeros movimientos populares. María Cristina fue hija de todos esos errores, a los que sumó, además, los suyos propios. El más notable: no saber querer a su hija Isabel, una reina que, a la postre, sería todavía más catastrófica que ella. Aunque hay que ser justos: María Cristina fue sólo la cara visible de las tensiones políticas de un país, principalmente las del bando político de los liberales moderados, quienes, con tal de mantenerse en el trono, estaban dispuestos a sacrificarlo todo. María Cristina era un ser abierto y jovial que buscaba que la gente la quisiese, poder disfrutar de su familia en la intimidad y despreocuparse. Su condena, al final, sería que terminarían odiándola, más incluso que a su propia hija, la futura Isabel II.

Llevaba ya muchos días de viaje, pues había emprendido el trayecto el 30 de septiembre. La comitiva pasó por Albano, saludó al papa Pío VIII y a la corte de Cerdeña en Turín; cruzó Francia, llegó a España y pernoctó en Girona, en Barcelona y en Valencia, pasando por Tarragona, Tortosa, Vinaroz y Castellón de la Plana. Y por fin parecía que se acercaba su destino: Aranjuez. María Cristina iba memorizando esos nombres, porque eran los de su reino. Ella iba a ser reina de todas las Españas. Se arrebujó bajo el manto. Había empezado a amanecer.

Tenía claras varias cosas. La primera, que Fernando, su marido, no era un literato. Sus cartas parecían las de un niño pequeño. No es que ella fuera muy culta tampoco, pero al menos no se molestaba en escribir tantas tonterías

cuando, además, su tío y futuro marido le sacaba trece años. La segunda, que sabía que al rey de España le gustaba echar cuatro frescas. Los rumores sobre su carácter burlón y las bromas pesadas que gastaba y que muchas veces no tenían ni pizca de gracia, pero que toda la corte reía porque *noblesse oblige*, habían llegado hasta Nápoles. Aunque lo de «echar cuatro frescas» bien podía aludir a la necesidad que había tenido hasta hacía poco de desfogarse en prostíbulos. La tercera, que lo que buscaba en ella era evidente: alguien que lo divirtiese, una mujer que no se refugiara en la iglesia y los rosarios, a la que le gustara holgar y que, sobre todo, le diera un heredero varón.

De eso estaba segura María Cristina: de que era fértil. Lo había heredado todo de su madre: el busto generoso, la piel rosada, el pelo castaño y fuerte, los ojos oscuros, las caderas anchas. Con un poco de suerte, ella también podría darle doce hijos al rey de España.

Sus padres viajaban detrás de ella, con todo el séquito. María Cristina estaba convencida de que, si acudían a la boda, era para asegurarse de ver a su segunda hija casada y bien casada. Tenía veintitrés años y, si seguía así, iba a quedarse para vestir santos. Después de un matrimonio frustrado con su primo don Carlos Luis de Etruria, futuro rey de Parma, parecía que ya nadie la querría como esposa. Menos mal que intercedió por ella su hermana mayor, su favorita, Luisa Carlota; y que Luisa Carlota se impuso a su cuñada, María Francisca, y a la hermana de ésta, María Teresa. Las dos eran portuguesas y, por lo que le había comentado Luisa Carlota, más malas que un dolor de muelas.

Luisa Carlota consiguió que Fernando VII viera el retrato de su hermana y exclamara que aquella mujer podía satisfacerle. Le gustaba además el carácter de su cuñada la napolitana: divertido, espontáneo y franco, muy diferente al de las portuguesas, siempre tan estiradas.

María Francisca, la portuguesa, estaba casada con el hermano menor de Fernando, el infante Carlos. Don Carlos era

un pusilánime, un hombre tradicional y muy religioso, que ya entonces aspiraba a que Fernando se quedara sin herederos para llegar él al trono. Se aprovechaba del descontento de la sociedad, sobre todo del ala más radical, de modo que en la sombra apoyaran sus intereses. Don Carlos era peligroso. Y su mujer, más.

Por lo que su hermana Luisa Carlota le había contado, las cenas en el palacio se sucedían como en una jaula de grillos. A Fernando VII le gustaba sentar juntas a Luisa Carlota y a las dos portuguesas para observar el intercambio de improperios. María Teresa y María Francisca solían empezar soltando algún comentario sobre el último disparate de Luisa Carlota, como la manía de la napolitana de acumular pollos y gallinas en un animalario especial que habían tenido que construir después de que los bichos casi destrozaran el mobiliario del palacio. Casi siempre se dirigían al marido de Luisa Carlota, Francisco, el hermano pequeño de Fernando y de Carlos.

Francisco, en cambio, comía en silencio, con la vista clavada en el plato. Él no buscaba problemas; quería que lo dejaran en paz, que su hermano el rey le permitiera marcharse a vivir a Francia para alejarse de esa corte de dimes y diretes. Luisa Carlota, mucho más flemática que su marido y por supuesto que las dos portuguesas, no se quedaba callada y les decía de todo: cejijuntas, amargadas, y se reía de su acento.

Carlos también guardaba silencio. Él era mucho más paciente: siéntate en el portal de tu vecino a esperar y verás su cadáver pasar. Así que comía y comía esperando el momento en el que Fernando muriera sin herederos y él ocupara el trono. Y entonces sería él el último en reír.

María Cristina sabía por su hermana que, con ella en la mesa, las cenas serían mucho más divertidas: ellas dos, las napolitanas, enfrentadas a las portuguesas. La cosa se igualaba.

Ya se veía el palacio de Aranjuez. El traqueteo de las ruedas le indicaba que circulaban por adoquines. Allí la espera-

ban su hermana, Luisa Carlota, y su marido, don Francisco de Paula. Pero también sus dos enemigos: don Carlos y doña María Francisca, la portuguesa.

A todos los efectos, ella ya era reina de España; su marido, Fernando VII, había firmado hacía casi un mes la escritura matrimonial. Estaban casados y todos le debían pleitesía, así que sintió un cierto regocijo interno cuando tanto la portuguesa como su marido, don Carlos, tuvieron que reverenciarla. A pesar de todo, María Cristina no conseguía quitarse el frío de encima. El aire helado de los bosques que rodeaban el palacio, provocado por la cercanía del río y la gelidez del invierno —que a decir de la gente era de los más duros que habían conocido—, se le metía bajo la piel. Aquella noche apenas pegó ojo. A la luz de la chimenea, podía ver los frescos del techo: el de un hombre con un bastón que discurre por un espacio desierto.

Al día siguiente se vistió con sobriedad. Iba a ser una jornada tranquila. Por la mañana, el infante don Carlos verificó los desposorios en la capilla del palacio. Tuvo que aparentar seriedad mientras éste pronunciaba la famosa sentencia: «Por palabras de presente...». No había ningún error. Ella ya era la legítima esposa de Fernando VII, a la espera de que consumaran el acto. Por la tarde, se dedicó a pasear por los jardines con su hermana. Luisa Carlota intentaba distraerla. Hablaba de su infancia, de obras de teatro o de arte; le señalaba las fuentes. Pero no le respondió a ninguna de las preguntas que le hizo sobre Fernando. «España es un país muy complicado, ya te darás cuenta.» Cuando aquella noche se acostó, se dio la media vuelta para no tener que ver el fresco de la bóveda: el hombre de perfil que seguía tan perdido como el día anterior.

El 10 de diciembre era la fecha clave: por fin iba a conocer a su marido. Desde altas horas de la madrugada, el servicio se afanó en limpiar hasta el último de los rincones. Balaustradas, jarrones, cubiertos: no debía haber ni rastro de polvo en ningún sitio. Ella jamás se había fijado en esas

cosas, ni su marido tampoco; ambos vivían en una burbuja en la que todo estaba limpio siempre. La suciedad sólo es detectable para los encargados de limpiarla.

Habían adornado el comedor de gala. Y como por todos eran bien sabidos el buen yantar y beber del rey, a pesar de sus problemas de salud, no se escatimó en nada. A María Cristina también le gustaba comer. Y mientras probaba el desayuno que le sirvieron en sus habitaciones privadas, pensaba precisamente en eso: que si alguna vez su marido y ella no tenían nada de que hablar, siempre podían hacerlo sobre comida.

El rey llegó sobre las once de la mañana. María Cristina lo vio desde una ventana en lo alto: nada pudo deducir de su carácter por su hechura, sólo que tenía una ligera cojera y una calvicie incipiente. Vestía de negro y llevaba un sombrero en la mano; en la otra, un bastón. Fue la última en acudir a su presencia. Había optado por un vestido de terciopelo que la salvaguardara del frío y ahora sentía demasiado calor. Por fin lo tuvo ante ella. Era grande, muy grande. Y muy feo. Mucho más que don Carlos. Y que su madre. Se había casado con el rey, pero también con el hermano más feo de la familia. Tenía la mandíbula adelantada. Y una nariz prominente. Todo en él era grande y desproporcionado. Pensó de nuevo en la carta: «Señal de que muero por tititi». Respiró profundamente. Ella ya sabía por qué estaba allí: para «ser una viva» y darle un hijo. Cumpliría su papel. Siempre habían dicho de ella que era dócil.

En la comida, se sentaron en el centro de la mesa. Enfrentados. Ella estaba flanqueada por don Carlos y doña María Francisca. La portuguesa comía sobriamente. No bebía. Don Carlos se partía la comida en pedazos muy pequeños. Y ella sólo podía ver a su marido entre los candelabros y las bandejas de viandas. Ninguno de los tres habló. Fernando, en cambio, no paraba de hacerlo con sus suegros. El apetito del rey era insaciable. Nadie pudo levantarse de la mesa hasta que el rey hubo terminado. Y cuando lo hizo, arrojó la ser-

villeta con displicencia, le dio un beso en la mejilla a su mujer y salió hacia Madrid. Eran las cuatro y cuarto de la tarde.

Al día siguiente, la que ya era reina hizo su entrada en Madrid. De nuevo hacía frío, pero el cielo estaba azul y brillante, y cuando la reina sacaba el brazo por la ventanilla del coche sentía el leve roce del sol.

En el puente de Vallecas la esperaba el rey. Esta vez sí que se había engalanado y lucía todo tipo de insignias en la pechera. Ayudó a su mujer a bajar del coche de camino y a subir en la carretela. Los ocho caballos que la empujaban tenían las crines trenzadas. El rey iría a caballo a su lado derecho, y los infantes, al izquierdo. Madrid entero se había adornado para la fiesta. En todos los portales había flores y banderolas. La gente salía a la calle a saludar y a aplaudir, y la guarnición tuvo que intervenir varias veces para separarla de la muchedumbre. Todos querían ver a la nueva reina. La esperanza de un reino que se desangraba.

La carretela tomó el paseo del Prado, la calle Alcalá, la Puerta del Sol y la calle Mayor. En la puerta del Palacio Real, los esperaba lo más granado del reino: todos los títulos nobiliarios se concentraban tras las rejas negras, además del mayordomo mayor, el sumiller de corps, los mayordomos de semana, ayudas de cámara y damas de tocador.

María Cristina se había vestido de azul celeste o, como se llamaría desde entonces, «azul cristino»: el azul que tomarían sus partidarios para defenderlas a ella y a su futura hija de todos sus enemigos, empezando por el infante don Carlos.

Desde todos los cuarteles, empezando por el cercano Cuartel de la Montaña, sonaron salvas de artillería. El aire de Madrid se llenó del olor a pólvora. En las iglesias no dejaban de repicar las campanas. Seis días duraron los festejos: un solemne tedeum en la catedral de la Almudena, funciones en el teatro del Príncipe, corridas de toros y fuegos artificiales. Quedaba poco para las Navidades y parecía que el año nuevo iba a comenzar para el pueblo español con esperanzas renovadas.

¿Era María Cristina consciente de su papel en una corte gobernada por mujeres? Fernando VII, a pesar de tener sólo cuarenta y cinco años, se había convertido en un viejo prematuro. Se cansaba con facilidad y apenas le preocupaba nada que no fuera su sucesión. Las que de verdad reinaban eran las dos portuguesas y la napolitana, enzarzadas en un odio que se iba cebando en pequeños desplantes diarios. María Cristina era la pieza con la que su hermana, Luisa Carlota, esperaba ganarles la partida a las portuguesas y arrebatárles lo que más querían: la sucesión al trono. Además, estaba el hombre en la sombra: Tadeo Calomarde, alguien que sólo velaba por su propio interés, capaz de mudar sus favores a cambio de salir beneficiado, un traidor a la altura del rey felón.

María Cristina podía ser dócil, sí. Y se dejaba aconsejar. Pero también sabía muy bien lo que quería y lo que no. Al fin y al cabo, sus padres se habían esmerado en darle la mejor educación. ¿Y en qué consiste la educación sino en reprimir nuestras apetencias y esconder nuestros deseos?

María Cristina era una joven muy educada si tenemos en cuenta a sus predecesoras. La mujer que la había precedido en el trono, María Josefa de Sajonia, no había tenido tanta suerte. A María Josefa la habían educado en un convento, así que nada sabía más que de oraciones y de rosarios. Fue necesario que el papa le enviara una carta en la que le decía que las relaciones sexuales entre esposos no eran pecado. Quizá el ejemplo más ilustrativo es la carta que el escritor Prosper Mérimée le envió a Stendhal, en la que relataba la noche de bodas de los dos reyes:

... resultó que la reina fue puesta en el lecho sin ninguna preparación. Entra Su Majestad. Figúrese a un hombre gordo con aspecto de sátiro, morenísimo, con el labio inferior colgándole. Según la dama por quien sé la historia, su miembro viril es fino como una barra de lacre en la base, y tan gordo como el puño en su extremidad; además, tan largo como un

taco de billar. Es, por añadidura, el rijoso más grosero y desvergonzado de su reino. Ante esta horrible vista, la reina creyó desvanecerse, y fue mucho peor cuando Su Majestad Católica comenzó a toquetearla sin miramientos, y es que la reina no hablaba más que el alemán, del que S. M. no sabía ni una palabra, así que la reina se escapa de la cama y corre por la habitación dando grandes gritos.²

La pobre niña, de dieciséis años, le cogió terror a dormir con su marido. Y cada vez que Fernando se acercaba a ella, María Josefa sacaba un rosario y le pedía que rezaran. Así que, cuando María Josefa pasó a mejor vida, el rey buscó a alguien que no fuera «sosa», sino «una viva» que no esgrimiera la religión como escudo.

María Cristina había tenido una educación diferente: sabía del tamaño de los atributos de su marido, producto de años de casamientos endogámicos; y sabía también de su papel en esa corte: dar un hijo lo antes posible al reino. Por ello aguantó con estoicismo la noche de bodas con su tío y todas las que vinieron después. Al fin y al cabo, ella era muy dócil.